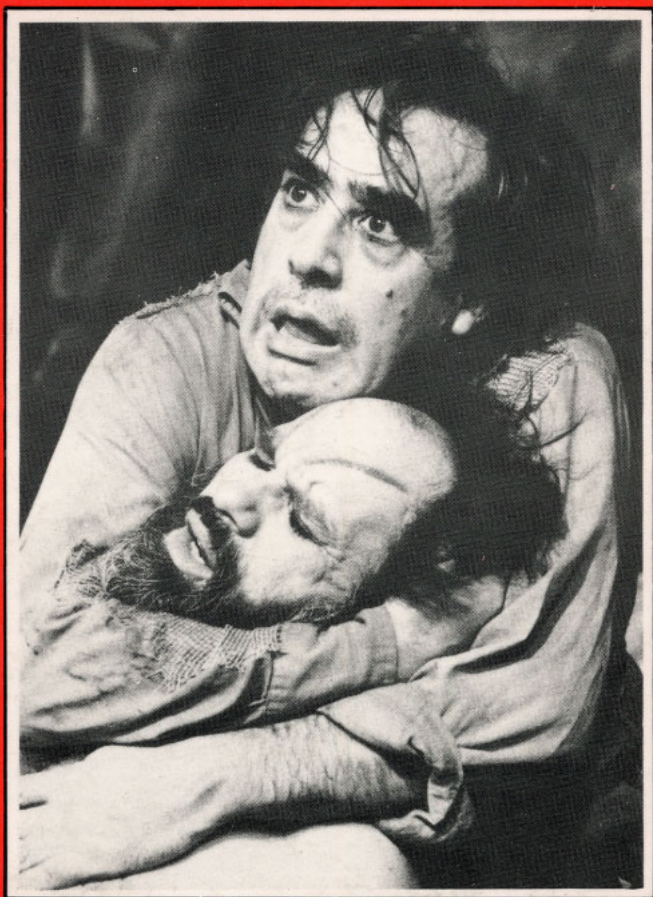


JUAN
RADRIGAN



LA CONTIENDA HUMANA

EDICIONES LITERATURA ALTERNATIVA

JUAN RADRIGAN

LA CONTIENDA HUMANA

A la Compañía de Teatro Popular “El Telón”,
que surgió misteriosamente
cuando era más necesaria.

ESA LARGA LUCHA QUE NO ENVEJECE NI SE RINDE...

“Cuando llevaba el ataúd, el ataúd que sólo contenía fragmentos de su cuerpo, aprendí que era posible odiar al dolor. Y aprendí también, que era posible odiar al olvido”.

Esto de andar juntando palabras que cuentan historias del tiempo en que vivimos, me ha significado grandes amistades, grandes satisfacciones, pero también el ácido reproche de mucha gente que no está conforme con el modo que tengo de incitar a la esperanza, no lo entienden. En vano he explicado que no se puede llamar pesimismo a la verdad.

“— ¡Nosotros les daremos paz y bienestar; les daremos el respeto, el trabajo y el amor que merecen! —habían dicho.

“El amor que nos dieron olía a sangre, olía a carreras en la noche, a balazos. Era un amor crispante, de besos desesperados. Eyaculábamos terror entre las sábanas, buscándonos como dementes; buscándonos, no para sentir la tibieza humana, sino para tratar de olvidar, aunque fuera por un momento, que en las calles llovía odio sin parar y que la muerte andaba borracha en el pecho de los asesinos...”.

Por las puras y re'puras he pregonado que el invento más nefasto de los últimos tiempos ha sido el de pintar de rosado el sufrimiento, puesto que si vivimos años en los que el gran problema humano es la industrialización de la injusticia, es de bellacos presentar una visión en que la gente parece holgar en el mejor de los mundos posibles.

Ha sido como hablarle a las piedras.

Tozudamente, opinan que es bueno el cilantro, pero no tanto.

Que me voy al chanco con eso de la tristeza.

Que mi “pesimismo” es evidentemente destructivo.

Que las cosas no son así;

porque, claro, es cierto que pasan cosas feas, muy feas, pero...

Bueno, tanto la diatriba como el halago, parecen ser inherentes a este extraño oficio que tengo y, con toda seguridad, no voy a sufrir una terrible crisis autoral. Pero conversando serenamente conmigo mismo —ya que tengo en gran estima mis opiniones—, he resuelto aclarar algunos puntos. De ese modo, como escribo teatro, por lo menos les evito comprar entradas a los que lean esto: porque de eso de cambiar de actitud, ni ha-

blar.

“Después que hubo hecho sacar a hombres, mujeres y niños de las casuchas, les hizo formar en el medio de la cancha. Luego comenzó a buscar. Le sorprendió encontrar entre tanto rostro amargo y temeroso, unos ojos que le observaban casi con curiosidad, casi con alegría. Entonces se volvió hacia la tropa y dijo: “A este”.

“De vuelta al cuartel, explicó: A menudo la muerte de un terrorista produce resultados adversos para nosotros, pues la gente lo convierte en héroe, y es como una inyección de valor; la ejecución de un inocente en cambio, siempre produce horror y deja flotando en el aire durante mucho tiempo, la sensación de que nadie puede estar seguro”.

Y no es que sea enfermo de empecinado; sucede solamente que comencé a escribir en pleno infierno y nada ha cambiado, el cuadro de horror se mantiene inalterable. Y no me vengan con la puta cantinela de los “significativos avances”: vamos tras la plena justicia, tras la plena liberación, no tras mejores condiciones de esclavitud.

Por supuesto, no me refocilo en la desgracia, sería feliz abriendo caminos, mostrando luces; pero para volver a tomar leche hay que recuperar la vaca: antes de lanzarse a cantar esperanzas, hay que encontrar una base real de apoyo. ¿Sobre qué cimientos se apoyaría en estos momentos una obra que anunciara futuras felicidades? ¿Sobre un triunfo tan mentiroso, tan absurdo, como el del plebiscito, en donde nadie sabe que diablos fue lo que se ganó? ¿Sobre el olvido de la derrota, la muerte y la tortura? ¿Sobre la más atroz cesantía de la historia?

No, no es con cuentas alegres como detendremos esta creciente agonía. Tengo un gran hijo, que dice: “No sé de donde vengo, y a lo mejor no sé donde voy; pero sí sé donde estoy. Y eso no me lo puede discutir nadie”. Tiene razón el machuca.

El lugar que habitamos es un lugar desolado, tenso y vigilado. La dictadura ha creado en torno nuestro un atmósfera de animales en acecho. Somos un pueblo invadido, donde a los patriotas se les asesina día y noche en la más absoluta impunidad; tenemos una iglesia liderada por un cerdo apóstata, un infame que traicionó los hermosos principios y se fue, no sólo contra el pueblo, sino también contra sus propios hermanos de credo; tenemos un solo justo contra docenas y docenas de jueces cobardes e impuros; tenemos líderes del tiempo de la cocoa, para

los que los intereses de su partido han estado siempre antes que los del pueblo; es tal su falta de sensibilidad, es tal su falta de amor y dignidad, que arrastraron sin ningún pudor a los escarnecidos a un acto tan aberrante como ese de obligarle a responder públicamente si estaban de acuerdo o no en que el verdugo siguiera desangrándoles; lo que equivalía exactamente, a preguntarles a los prisioneros de un campo de concentración nazi, si estaban conformes con su suerte o no. Consumada la ignominia, la moda es ahora usar al pueblo a la manera de perros: "Si la dictadura no acepta algunas modificaciones a la constitución, movilizaremos a las masas" "Si la dictadura no autoriza el diálogo, movilizaremos a las masas".

En fin, somos, por último, un pueblo que no se dio tiempo para llorar a sus muertos, que no incorporó a sus entrañas la brutal derrota sufrida.

Decididamente, es un material no apto para comedias.

"No, no es indiferencia; la indiferencia es una muerte anticipada, y él no tiene el menor deseo de morir. Sí, es cierto, sus ojos no han estado nunca muy abiertos a la realidad; pero ese andar cansino que tiene ahora, ese aire volado conque mira las cosas, no significa que no tome a la vida en serio. Sucede que en setiembre de 1973, perdió muchos, muchos hijos, y que los sigue perdiendo.

"Y ha preguntado por ellos a la vida, y la vida le ha dicho que no están; ha preguntado a la muerte, y ella le ha dicho que no les ha visto llegar; le ha preguntado a los que dieron la orden de subirlos a los camiones. Y callan.

"De ahí ese andar cansino, de ahí ese aire volado conque mi país mira las cosas".

Entonces, claro, no es un material de construcción ligera, pero cuando con los insobornables trabajadores del arte, agrupados bajo el nombre de Compañía de Teatro Popular "El Telón", presentamos un país desgarrado y desgarrador, estamos diciendo que ese es el estado actual de cosas, que es desde allí donde debemos empezar a construir, no estamos diciendo que debemos quedarnos lamiéndonos las heridas por los siglos de los siglos.

"... los caminos han quedado tirados sobre la tierra como vientres inútiles, nada paren, no van hacia ninguna parte.

"Todo parece perdido. Todo".

"Es la hora precaria y terrible de la paz sin amor. Hablaron los fusiles, y por los asesinados duele entero el dolor atroz de la

especie: esta noche somos la angustia final del hombre y la mujer sobre la tierra. Todo parece perdido. Todo”.

Después de lo vivido, visto, oído y leído, barrunto que nos esperan largas y duras jornadas de testimonio, denuncia y construcción. Estamos mal, y esto viene de muy atrás; en nosotros hay inconstancia, ingenuidad, fatalismo y mitos, una cantidad tremenda de mitos, contradicciones y patriotismo; un patriotismo tradicional y celosamente fomentado por la burguesía para alimentar el ego de los pobres, en otra de sus sucias maniobras en función de lucro. “Chileno sufrido”, “Chileno apechugador” “Chileno alegre”, son sólo términos inventados para explotarle —con su ingenua aquiescencia— en nombre de Dios y la Patria.

La verdad es que los motivos de alegría son más escasos que un juez honesto en nuestro país. Nos salva la poesía y una cierta grandeza de alma, que viene de tiempos antiguos por cuestiones como de Mapuches, soledades y paisajes.

Otros pueblos latinoamericanos tienen novelistas pujantes, originales y profundos, que universalizan su problemática sin deslatinoamericanizarla; nosotros contamos con una literatura social chata, patética e ingenua, que nunca fue más allá de la denuncia a los malos patrones, sin atacar derechamente al sistema, contamos con eso, y con una impresionante cantidad de relatos melancólicos, tísicos y personalistas, que no logran trascender ni siquiera las fronteras de la ciudad donde vive el autor: es la falta de conocimientos humanos, la miopía histórica y, sobre todo, la herencia de “las tías terribles”, el provinciano temor a ofender parientes, conocidos o enemigos demasiado poderosos. (Posiblemente —aunque suene a feroz contrasentido— el golpe fascista del 73 sea, siempre que seamos capaces de mirar profundamente hacia atrás y hacia adelante, “ese acto terrible y nacional” del que brotará una nueva y sólida etapa en nuestra literatura. Si eso no nos despierta a la realidad, ya no nos despierta ni Cristo. Y sería lamentable, tremendamente lamentable.

Digo esto, porque los escritores tenemos muchísimo que ver en el desentrañamiento de la “personalidad” de un país. Y en esto no hay, no han de existir, caminos vedados o pequeños; la reflexión profunda sobre el porqué de ese acendrado entusiasmo que siente nuestro pueblo por las telenovelas, las canciones cebollentas, o las rabiosas tomateras de fines de semana, es tan importante como indagar sobre las causas originarias del surgi-

miento de la dictadura.

Yo sospecho, por ejemplo, que esas continuas frustraciones a que nos tiene acostumbrados el deporte en nuestro país —un chambón que se especializó en llegar último en cuanta carrera interviene, boxeadores a los que les sacan la cresta en todas partes con una facilidad asombrosa, y una selección de fútbol, que no es la más mala, sino la más cobarde de latinoamérica, lo que resulta más desolador— tienen bastante que ver con el silencio y el malhumor que se abate en muchos hogares, precisamente en los días en que las familias suelen tener la posibilidad de compartir.

Entonces hay que embestir incansablemente contra todo lo que signifique construir sobre la arena, pasando, naturalmente, por el derribamiento total de mitos y tradiciones, que al permanecer incólumes redundan en ignorancia y estancamiento; es decir, en caldo de cultivo para comerciantes y dictadores. Es por lo que la burguesía, siempre retrógrada, se ha preocupado en eterno de acusar a los escritores de hacer política, lo que en su particular lenguaje significa etiquetar de terrorista intelectual y quedar bajo amenaza: saben perfectamente que cuando tratamos asuntos que conciernen a la vida y a la libertad, estamos haciendo cultura, abriendo caminos.

“Veníamos casi como de la tristeza, casi como de la desgracia; pero no ocupábamos todo el día en llorar, en realidad era muy poco lo que nos quejábamos. Más allá de las etiquetas de revoltoso, falsos y expropiadores que nos colgaban, más allá de aquello de rojos, antipatriotas y resentidos, la verdad era que en nuestra sangre no había nada que tuviera forma de rencor o de venganza; la verdad era que lo único que nos impuso a luchar, fue ese infinito anhelo común que aquí nos mata: queríamos vivir”.

No se es “pesimista” de la noche a la mañana; la inconformidad con lo que sucede me sucede nos sucede, viene de muy, muy lejos, acaso de siempre.

Difícult mucho que un pobre pueda responder, de buenas a primeras, si uno le pregunta por los momentos en que ha tenido un contacto directo, amable y bello con la vida; los momentos en que no ha estado trabajando como un buey, en que no se ha sentido presionado por deudas o preocupaciones familiares, en que no ha estado cesante ni amenazado por la cesantía; los momentos en que las leyes, hechas para todos, pero dedicadas a

él, lo han dejado en paz por un tiempo. Lo más probable, al preguntarle eso, es que se produzca un largo y doloroso silencio. Y somos millones.

Mirando el pasado familiar, el pasado familiar de los familiares y el pasado de éstos, uno se da cuenta que los pobres somos las renovadas oleadas de una larga lucha que no envejece ni se rinde; pero que este no es un don de Dios, que no es un privilegio, sino un martirio.

“Explicaciones sobre su tragedia hay muchas, y de escribirse, llenarían una biblioteca. Pero gente que sabe de la vida, no de política, la resumiría así: existe un pequeño animal en el mundo que se llama Hurón; cada cierto tiempo, cumplido un ciclo misterioso, son arrastrados al suicidio en masa. En Chile, el pueblo de los pobres tiene el mismo trágico destino: cada cierto tiempo, cumplido un ciclo de componedas e inscripciones, sus guías le llevan al suicidio en masa. Elecciones, le llaman a ese holocausto”.

Juan Radrigán.

Nota de suma importancia: todos los párrafos que van entre comillas, pertenecen a un pequeño libro llamado “Fragmentos Contra el Olvido”, los incluí:

- 1) Porque caían como anillo al dedo.
- 2) Porque no he podido publicarlos: los consideran demasiado “pesimistas”.

Un gran cuarto en los extramuros de la ciudad donde Eladio se ha retirado a rumiar su desconcierto. Distribuidos anárquicamente se ven varios muñecos del tamaño normal de una persona, nunca menos de seis; unos, la mayoría, están colgados, otros apoyados en las paredes; quizás uno que otro viejísimo libro por aquí y allá; una mesa, dos sillas, una maleta, trastos en desuso.

En general, cuanto existe de muebles u objetos, no tienen una forma acabada; o están deformados por el tiempo o son cosas que alguien nunca terminó de hacer.

Eladio, a gatas en el suelo, da los últimos toques a un nuevo Muñeco —José—. De pronto detiene su accionar, mira al público durante un breve instante. “Soy un escritor —dice—, soy un gran escritor”. Después de una pausa continúa en su labor. Cuando termina lo alza y lo sienta cuidadosamente en una de las sillas. Se aleja, mira, aprueba. Súbitamente queda inmóvil, escucha. Luego, cubriéndose violentamente la cabeza con las manos:

ELADIO : Los libros, los documentos!... Tú eres mi empleada, Inés, no me conoces, sálvate!... ¡No, no, eso no lo van a creer!... Que estamos separados, que me viniste a ver!... ¡La puerta, están echando abajo la puerta!... ¡Salgamos por atrás!... ¡No, solo no me voy, no vas a poder entretenerlos, ven, ven conmigo!... ¡Corre, corre, no dejes que te agarren, a todos los que han agarrado los han torturado hasta la muerte!... ¡Corre, corre... ven conmigo!...

(La pesadilla pasa. No le agrada haber sido visto por José en su “debilidad”, reacciona con cierta acritud).

¿Todavía no ha desocupado la mesa? Me parece que era lo menos que podía... (Reacciona) No, no fue una orden. Es evidente que debe obedecerme, pero no fue una orden. (Pausa) Ah, y espero que

hoy día no utilice la vida que le di para injuriarme, José. (Señala a su alrededor). Un lugar tranquilo y soleado es todo lo que pido para vivir, no me lo vuelva amargo, no me lo destruya. Lo que la vida me puso en el camino no fue nunca conciliable con lo que sentí en lo hondo del corazón, me parece que esa ya es bastante desgracia como para que usted venga a echarme más infierno encima... Sí, sí, sé que la muerte es una solución genial y trágica, pero yo no puedo morir todavía, usted sabe que debo esperar a Inés, que la esperaré hasta que en la vida no quede piedra sobre piedra. Así que eso de que yo diga grandes palabras en su velorio y usted haga lo mismo en el mío, me produce algo muy cercano al pánico. Además, eso fue un tonto invento suyo: yo sólo le propuse que jugáramos a ser dos trabajadores de la construcción, de la muerte no hablé, no puedo. ¿Cómo podría hacerlo si tengo que esperar a Inés? (Pausa) ¿Ha comprendido, verdad? (Espera asentimiento) ¿Entonces, todo claro, todo transparente? Bien, bien; ahora sí podemos comenzar. Apague la luz, por favor. (Lo hace él mismo. Mientras enciende algunas velas alrededor de la mesa, recita, como repasando: "En mi país, los muertos no están muertos... Los vivos no están vivos... En mi país...". (Su voz se pierde).

(Vuelve a encenderse la luz. José adquiere movimiento, mira desaprobadoramente a Eladio; va, apaga las velas):

JOSE : No vuelva a hacer eso nunca; estas velas sólo pueden ser usadas una vez. Y esta no es la ocasión.

ELADIO : Lléveselas nomás; tengo el talento como para hacerlo todo bien sin necesidad de elementos, viejo Gá-gá.

JOSE : Viejo Gá-gá será el que lo tiró de las patas. (Comienza a guardar las velas).

ELADIO : ¿Qué estaba haciendo que no venía a ayudarme?

JOSE : Estaba meando.

ELADIO : ¿Con qué?

- JOSE : No sea grosero.
- ELADIO : Entonces no hable estupideces: aquí el único que mea soy yo.
- JOSE : ¿Con qué?
- ELADIO : No sea grosero.
- JOSE : (Sentándose sobre la vieja maleta). Entonces no hable estupideces.
- ELADIO : ¡No se siente ahí; nunca toque esa maleta ni siquiera con la mirada!
- JOSE : ¿Por qué se altera así? Sabe muy bien que no se va a atrever a usarla nunca para ninguna otra cosa.
- ELADIO : (Se acerca a él amenazante) ¡Saque su traste mugriento de ahí!
- JOSE : (Se para) ¡No me grite, no tiene ningún derecho!
- ELADIO : ¡No le estoy gritando, lo estoy poniendo en su lugar!
- JOSE : ¿En mi lugar? No me hãga reír.
- ELADIO : (Limpiando la maleta). No me tiente, viejo, no me tiente, mire que tanto va el cántaro al agua...
- JOSE : (Despectivo) Bufonadas... (Secamente) Venga, es hora de comenzar: saquemos la mesa de aquí.
- ELADIO : ¿Por qué no la deja alguna vez donde yo la pongo?
- JOSE : Porque siempre la ubica mal.
(Toman la mesa, se pasean con ella, buscando un lugar apropiado).
- ELADIO : Una vez, allá en mi pueblo, vi a dos personas que llevaban una mesa, así, tal como nosotros. Me pareció raro, porque no sabía de nadie que fuera a dar una fiesta o que se estuviera cambiando; y entonces me puse a seguirlos. (Pausa). ¿Sabe lo que descubrí?
- JOSE : No. Pero no pienso ponerme a pensar: nunca fui bueno para las adivinanzas. ¿Qué descubrió?
- ELADIO : Que no iban a ninguna parte.
- JOSE : ¿Y qué andaban haciendo con la mesa, entonces?
- ELADIO : Nada. (Pausa) De eso sí que estoy completamente seguro.
- JOSE : ¿Cuánto tiempo anduvo detrás de ellos?
- ELADIO : Dos horas.
- JOSE : ¿Y de qué se queja? El asunto fue bastante positivo para usted: estar seguro, completamente seguro de

algo, después de dos horas, es un logro que muy pocos seres humanos alcanzan.

ELADIO : (Reflexivo) Verdad pues. (Pausa) Nunca había pensado en eso. Palabra.

JOSE : No me extraña, no me extraña en absoluto. (Se detiene) Ya, yo creo que aquí sí está bien. (La dejan. Eladio sube, se tiende. José observa) Sí, ahora sí. (Toma ubicación para discurso mortuario. No a público). Este hombre, -hijo de modestos padres; este hombre, que vino desde los verdes parajes de...

ELADIO : (Incorporándose) ¿Cómo que “este hombre”? ¿Qué no somos compadres?

JOSE : Sí, pero la muerte no es un payaso ni una ramera pintarrajeada, es una mujer seria, sabia y triste. Frente a ella no se puede ser chabacano; como me voy a parar y voy a decir: “El curagüiya de mi compadre, que murió de pisotia sin número...”

ELADIO : Ah, no po, párole: yo nunca fui borracho, un pen-cacito a la hora de almuerzo y nada más. No ven-gamos a calumniar aquí.

JOSE : ¿No ve? Por eso hay que decir las cosas con sinceridad, pero con respeto. Estamos simulando ser verdaderos trabajadores de la contrucción, no patanes. El hecho de que la gente...

ELADIO : Ya, ya, si está bien, si ya le entendí. (Vuelve a tenderse. Antes que José alcance a reiniciar su discurso, se incorpora de nuevo) Oiga, compadre... ¿qué es eso de que morí de pisotia sin número?

JOSE : Que lo pisó un auto sin patente, pos, compadre, como no las va a parar.

ELADIO : Ah. (Pausa) ¿Y cuándo fue eso?

JOSE : (Choreado) Puta, que me pregunta a mí, pos, compadre, si es usted el muerto; yo vengo a hablar en su velorio nomás.

ELADIO : Pero es que de esa parte yo no me acuerdo muy bien.

JOSE : Bueno, es un muerto de mala memoria y nada más po, pa qué hace tanto lío.

ELADIO : No, es que es importante. Los pobres y los muertos son los padres de toda revolución, es de ellos que

brota lo que calienta la sangre, lo que obliga a seguir peleando. (Pausa) Yo no quiero ser un muerto callado y sedentario. De mí tienen que salir voces de amor y de venganza, de mi muerte tienen que nutrirse los...

JOSE : Usted no fue un luchador, fue un saco de huevas nomás. A mí no me venga con cuentos, no olvide que lo conocí bien.

ELADIO : No, usted me conoció al final, me conoció apenas un puñado de años.

JOSE : Pero fueron bastantes para darme cuenta cabal de lo que era. La visión que tengo de usted es la de un buey: trabajó y murió, nada más.

ELADIO : ¡No puede decir eso!. En apariencia sólo trabajé y morí, pero en medio de eso hubo docenas de pequeñas batallas, de minúsculas acciones de guerrilla diaria por...

JOSE : ¡Por "su" pan, por "su" bienestar!

ELADIO : ¡No, no, por el de todos! Esas ignoradas, esas modestas luchas diarias por el pan y la sal, de los que no tenemos el coraje de tomar las metralletas, son las que en gran parte impulsan la avalancha que vendrá.

JOSE : ¿La avalancha que vendrá? No me haga reír; esa es la misma cancioncita que me contaba mi tatarabuelo.

ELADIO : ¡Facista!

JOSE : ¡Sedicioso!

ELADIO : ¡Burgués de mierda!

JOSE : ¡Vendepatria!

ELADIO : ¡Gorila!

JOSE : ¡Testaferro! (Se aleja de él) ¡Yo vivía en una población donde a las cinco de la mañana escuchaba a un padre que le decía al hijo: "Sigue durmiendo comunista de mierda, que el reaccionario de tu padre sale a trabajar!" (Ríe, ríe).

ELADIO : (Se baja de la mesa) Cuando ese viejo reaccionario fue a la iglesia de mi pueblo a pedirle a Cristo que lo perdonara, Cristo le dijo: "Desclávame las manos", y cuando las tuvo libres, le preguntó: "¿Así que querías perdón? (se agarra la entrepierna con las dos manos) ¡Toma, desgraciado!" (Ríe, ríe).

- JOSE : (Indignado) ¡No sea blasfemo, hijo de perra! (Señala) ¡Y vuelva a subir ahí!
- ELADIO : No pienso, usted no tiene ningún respeto por los muertos.
- JOSE : (Se acerca a él, amenazante) ¿No va a subir?
- ELADIO : No.
- JOSE : ¡Me dio su palabra!
- ELADIO : Sí, pero todo hombre tiene pleno derecho a desobedecer leyes injustas.
- JOSE : (Después de una pausa). Está bien; pero a porfiado no me la va a ganar: dije que le iba a enseñar a hablar en un velorio, y le voy a enseñar. (Se pone a su lado. Lo señala). Este hombre, que como ustedes ven, murió de pie, fue mi amigo. Mi amigo y compadre. Sé que...
- ELADIO : Ah, ahí sí, eso me gustó: amigo y compadre; o sea, lo primero es la amistad. (Vuelve a subir. Se tiende) Ya, dele nomás, con confianza.
- JOSE : Sé que la vida de un hombre no cabe en las palabras, y es con profundo dolor, que en este día aciago...
- ELADIO : (Incorporándose) Oiga, compadre... Perdone la interrupción, pero parece que estamos mal: visualizo un problema re grave.
- JOSE : ¡Cuál, por Cristo santo!
- ELADIO : Es que yo tengo un hijo poeta.
- JOSE : Lo sé, hombre, lo sé. Pero eso no tiene nada que ver con lo que estamos haciendo.
- ELADIO : ¿Cómo que no? Por hijo y por poeta, él es el más indicado para hablar en mí velorio. A usted no lo van a dejar abrir la boca.
- JOSE : Su hijo poeta será el menos indicado para hablar de usted, porque lo conoce, pero no lo comprende. Y para hablar de una persona hay que comprenderla.
- ELADIO : (Espantado) ¿Qué dice? ¿Qué Javier no me comprende?
- JOSE : Justamente.
- ELADIO : ¡De dónde sacó eso!
- JOSE : De la observación, naturalmente. A medida que él fue avanzando en la vida y en los estudios, se fue abriendo una brecha entre usted y él. Tener comuni-

cación con un hijo, ser su gran amigo, no es saludarlo en las mañanas ni preguntarle si tiene plata para el día; tampoco es gran cosa comentar con él —de pasada, siempre de pasada, el último apagón o el último secuestro. Y, pensándolo...

ELADIO : (Sombrío) Cállese, cállese.

JOSE : Y, pensándolo en frío, es natural que usted haya quedado fuera de su vida. Porque, ¿de qué puede hablar que no sea de radieles, cemento y ladrillos? ¿De política? No, es intuitivo, no tiene base. ¿De literatura?, eso es chino para usted. Ya no lo admira, Eladio, conoce a fondo sus patéticas limitaciones... En cierto modo pasó a ser su padre; un padre que no tiene tiempo para atenderlo.

ELADIO : (Débil) Está... Está equivocado.

JOSE : No, sabe que no. (pausa) Ahora dígame que su mujer no me va a dejar hablar.

ELADIO : No, no.

JOSE : ¡Dígamelo!

ELADIO : ¡A ella no tiene nada que reprocharle!

JOSE : No, claro que no... Siempre que a uno le guste ser succionado como una ventosa, succionado día y noche, física y económicamente.

ELADIO : Es el aire que respiramos, el miedo... ella se aferra a mí, como las raíces a la tierra... es la inseguridad, el tiempo de terror que vivimos.

JOSE : (Duramente). ¿Es cierto, o no, que después de quedar echo un trapo en las noches, siente que es usado, que es una cosa?

ELADIO : (Vacilante) Nno... No...

JOSE : ¿Es cierto o no, que cuando va caminando hacia el trabajo siente la angustiada sensación de que aunque ganara millones, la plata nunca le alcanzaría para darse por fin unas vacaciones?

ELADIO : Si... Eso sí.

JOSE : ¿Es cierto, o no, que ha llegado a odiarla por esa terrible dependencia de ella hacia usted?

ELADIO : No sé, no sé... La quiero.

JOSE : No sea tonto; la quería alegre y fresca, no ahora.

ELADIO : (Mira) Terminemos; es tarde. (Se baja).

- JOSE : ¡Suba ahí, ni siquiera hemos comenzado!
- ELADIO : No, no; se hizo muy tarde. (Señala). Tengo que llevar la maleta. (Va hacia ella).
- JOSE : ¡Vuelva aquí, desgraciado, yo no estoy jugando!
- ELADIO : La... La maleta, tengo que llevarla. Es urgente. (Sigue, la toma; queda mirándolo, como quien pide autorización).
- JOSE : ¡Deje esa maldita maleta donde estaba: usted no es capaz de hacer nada con ella!
- ELADIO : Lo soy, lo soy, lo decidí hace mucho, mucho tiempo. Palabra.
- JOSE : ¡Venga aquí le digo; tiene que aprender como se habla en un velorio!
- ELADIO : (Humilde). Esto es más importante, mucho más importante.
- JOSE : No, no lo es; nada es más importante que cumplir los compromisos contraídos. Y usted tiene un compromiso conmigo.
- ELADIO : Sí, pero no es de vida o muerte.
- JOSE : Lo es, lo es, Eladio.
- ELADIO : Entiéndame, tengo que ir. Esto es más que algo de vida o muerte para mí.
- JOSE : (Cambia de actitud, se torna malévolo).- A ver, a ver... ¿Dónde piensa llevar eso?
- ELADIO : Bueno... Allá.
- JOSE : ¿Sabe hasta qué horas atienden?
- ELADIO : No, pero imagino que...
- JOSE : No imagine nada: contésteme sí o no.
- ELADIO : No, no lo sé.
- JOSE : Pero al menos sabrá si atienden de día o de noche.
- ELADIO : De día. Eso no puede haber cambiado.
- JOSE : De día... Qué mala suerte tiene, Eladio.
- ELADIO : ¿Por qué?
- JOSE : (Señalando). Es de noche... ¿No lo había notado?
- ELADIO : ¿De noche? (Mira). Es verdad... ¿Por qué no me avisó?
- JOSE : No le avisé porque no soy empleado suyo. (Pausa) Y porque si va... (gesto de degüello).
- ELADIO : Eso lo sé, pero estoy decidido; ya se lo he dicho: estoy absolutamente decidido.
- JOSE : (Dando por terminado el asunto). Está bien, entonces.

ces no le importe la hora, vaya. (Eladio no se mueve)
¿Qué le pasa? Vaya.

ELADIO : Es posible que usted tenga razón; es posible que esté cerrado. (Señala). Es de noche.

JOSE : Es lo que dije.

ELADIO : ¿Entonces... mañana?

JOSE : Si usted lo desea.

ELADIO : ¿Me avisará?

JOSE : Es posible.

ELADIO : (Toma un trapo, limpia rápidamente la maleta, la vuelve a su lugar). Ya, entonces sigamos ensayando.

JOSE : No; ya no tengo ganas.

ELADIO : (Después de una breve pausa. A público) A veces me pregunto, Inés.

JOSE : Cállese.

ELADIO : (Inmóvil). A veces me pregunto, Inés,
si tienes quien ahuyante tus sombras,
o si te ha nacido, como a mí, un cuervo en la
garganta...

JOSE : (Inmóvil) Mierda.
Un silencio.

ELADIO : Mirando a la gente, tan vencida, tan inmóvil, me da la impresión que de todas las palabras que he juntado en mi vida, ninguna sirve para expresar el desamparo humano... Me parece que en realidad nunca existió nada porque lanzarse a conquistar el mundo. (Pausa). Pero no es así, no puede ser así. (A José) ¿Verdad que no es así?

JOSE : Mierda; pura mierda. Ya me tiene cansado con su tísico romanticismo y su pesimismo de adolescente espinilludo.

ELADIO : Váyase, yo no lo obligo a estar aquí.

JOSE : (Se para). Trate de ser más original, por favor. Eso mismo ya lo dijeron Hitler y muchos otros.

ELADIO : No sea desleal con su familia. Recuerde que mala yerba nunca muere, pueden venir a tirarlo de las patas.

JOSE : Me tiene terriblemente cansado todo esto. ¿Por qué tuvo que ser un quejumbroso escritor social? ¿Por qué no estudió, y se hizo historiador, arqueólogo o algo así?. Las cosas hubiesen sido mucho

- más entretenidas para nosotros, se lo aseguro.
- ELADIO : No me encasille. Cuanto escribí estaba dirigido a un solo público: el hombre.
- JOSE : ¡Usted no tiene moral para hacer eso! (Se acerca a él). Usted es un...
- ELADIO : ¡No sea maniático; si le gusta tanto poner etiquetas busque trabajo en un supermercado, no venga a...
- JOSE : ¡No me interrumpa, no he terminado de hablar!
- ELADIO : ¡Váyase a la mierda, no tengo por qué jugar a la democracia donde no la hay!
- JOSE : (A los Muñecos) ¡Reclamo mi justo derecho a réplica!
- ELADIO : (A los Muñecos) ¡Reitero mi derecho a desobedecer leyes injustas!
- JOSE : ¡Mirísta!
- ELADIO : ¡Falsario!
- JOSE : ¡Subversivo!
- ELADIO : ¡Depredador!
- JOSE : ¡Mercenario!
- ELADIO : ¡Expoliador!
- JOSE : (Pidiendo calma). Espere, espere; así no vamos a llegar a ninguna parte: que lo decidan los dioses. (Se acerca) ¡Está de acuerdo?
- ELADIO : No.
- JOSE : Yo tampoco. Pero no tenemos otra alternativa. ¿Cachipún?
- ELADIO : (Después de una breve pausa). Está bien: Cachipún. (Ven hacia el medio, se ponen espalda contra espalda; caminan tres pasos. Gira velozmente, mostrando el puño cerrado) ¡Piedra!
- JOSE : (Que ha girado al mismo tiempo; trás una breve vacilación:) ¡Dinamita!. (Alborozado) ¡Gané, gané, la dinamita destroza la piedra!
- ELADIO : ¡Quédese ahí, viejo tramposo! Se demoró demasiado, tenemos que hacerlo los dos al mismo tiempo. Ya, desde aquí mismo. (Ponen las manos trás la espalda. Mostrando nuevamente:) ¡Silencio!
- JOSE : ¡Palabra! (Salta, baila) ¡Gané, gané, la palabra rompe el silencio!
- ELADIO : Está bien, eso no puedo discutirlo: ganó. Diga lo

que tiene que decir.

JOSE : Seré breve. (Se acerca a él) ¡Judas!

ELADIO : (Espantado) ¡No, no, eso no; Judas vendió, yo...

JOSE : ¡Cállese, no tiene derecho a réplica, yo gané!
(Canta, baila).

Sombras nada más

entre tu vida y mi vida,

sombras nada más

entre tu amor y mi amor... (Ríe, ríe. Lo toma,
baila y canta:)

Puede ser feliz

y estoy en vida sufriendo

los paisajes más horribles

de este drama sin final... (José ríe. Lo lleva a la me-
sa, le acomoda la silla, lo sienta) Gracias, fue un
placer. (Se sienta. Lo observa) ¿Fue un placer?

ELADIO : Para mí no; es a usted al que le gusta hacer estas co-
sas como de teatro, no a mí. (Pausa) Referente a
eso, quiero exigirle que no mezcle las cosas, que no
use a su personaje para herirme en lo personal.

JOSE : Exigencia denegada: es imposible separar lo fantás-
tico de lo real. (Pausa)

En todo caso, cuanto digo o hago, es mucho más
lógico y humano que ofenderse por algo que no existe.
Si mal no recuerdo, usted no tiene ninguna hija.

ELADIO : Es cierto, pero ayer usted me la ofendió con demasia-
da saña. (Se levanta) Fue odio... Sí, el odio que le sa-
lía por los ojos era auténtico... Diabólico. (Pausa)
Odio hacia mí.

JOSE : No sea canalla, nuestra amistad está más allá de to-
do. (Viendo que Eladio va hacia uno de los Muñe-
cos) ¿Qué va a hacer? No, no, por favor; descansen-
mos.

ELADIO : No sea tonto, el tiempo no se detiene; si nos queda-
mos inmóviles nos aplastará.

JOSE : No es la muerte lo que le preocupa, bastardo: lo que
teme es verle el rostro a la vida. Pero yo estoy cansa-
do de esto, ¿entiende castellano?. Estoy m-o-r-t-a-l-
m-e-n-t-e c-a-n-s-a-d-o.

ELADIO : Debiera alegrarse: está a punto de descubrir la gran
tragedia del hombre.

JOSE : No me interesa descubrir la tragedia si no la felicidad. (Pausa) ¿Cuál tragedia?

ELADIO : (Sacando velas del bolsillo del Muñeco) Hubo un tiempo en que todo me salía mal, y no podía dormir ni pensar coherentemente un solo instante; mi propio cansancio me irritaba, me hastiaba. (Pausa) Entonces un día me sucedió algo muy curioso: desperté mortalmente cansado de estar cansado.

JOSE : ¿Y?

ELADIO : Nada, me cansé mucho; pero era un cansancio distinto.

JOSE : Más cansador.

ELADIO : Por supuesto. Luego estuve cansado de estar cansado de estar cansado, y era otra sensación aún más angustiante; después estuve cansado de estar cansado de estar cansado de estar cansado de estar cansado... Ahí fue donde me agarró el horror, porque descubrí que aunque viviera una eternidad, nunca podría llegar al final, nunca. Dentro de nosotros no hay fondo, no hay límites. ¿Entendió? (Le pasa las velas).

JOSE : (Sin recibirlas) No. Eso que para usted es tragedia, para mí representa un potencial interminable de posibilidades humanas.

ELADIO : Recíbalas.

JOSE : No. Estoy agotado, se lo digo en serio.

ELADIO : Me importa un comino.

JOSE : En este estado cualquier día puedo cometer una barbaridad con usted.

ELADIO : Lo que dije: me importa un comino.

JOSE : (Abatido) Sí, lo sé. (Recibe las velas, separa la mitad, se la pasa) Pero no confíe demasiado, ningún hombre es invulnerable.

ELADIO : Lo sé. Sigamos.

(Van encendiendo y acomodando las velas en distintos lugares. Luego José apaga la luz y se sienta. Después de un silencio).

ELADIO : En mi país
los muertos no están muertos
los vivos no están vivos.
En mi país, duro de norte, verde de sur,

pasan cosas que ni el aire comprende.
En mi país, demasiado ejército, demasiada pobreza,
hubo un día, hijo de sangrienta madre,
que nos acostamos con la esperanza y despertamos
durmiendo con la traición.

Es desde entonces
que los muertos no estamos muertos,
que los vivos no estamos vivos.

Pero en mi país, presumido de lagos,
mujeres, vino y cordillera,
la lucha es al hombre
lo que la lluvia a la tierra.
ya lo dije:

es un país tallado a sangre y fuego,
un país cabalmente hermoso,
cabalmente largo y taciturno,
donde pasan cosas
que ni el aire comprende. (Silencio) Así es. Terminó.
(José no contesta. Pausa) Así es. Terminó.

JOSE : (Ido) Ah, claro, sí.

ELADIO : ¿Le gustó?.

JOSE : Sí, sí; muy bonito.

ELADIO : (Después de una pausa breve) No, no le gustó ni hue-
va. Pero claro, yo tengo la culpa. Como decían en
mi pueblo, estoy machacando en frío. Mire que ve-
nir a recitarle. Disculpe. (Enciende la luz, comienzan
a apagar y guardar las velas) ¿Qué le encontró de
malo, a mí me gusta?.

JOSE : No, no, si está muy bonito. ¿Qué edad tiene su ca-
bro?.

ELADIO : Veinte. Pero ha escrito muchas cosas más. Bueno,
usted sabe que en este país uno levanta una piedra y
salen como cien poetas.

JOSE : Sí. Lo malo es que no ganan ni para la sal.

ELADIO : Ah, claro; si cuando yo cuento por ahí que tengo un
hijo poeta, al tiro me dicen: “¿Y en qué trabaja?”
Pucha, pero yo digo que todo no va a ser sangre y
sudor nomás po, ¿no cierto?.

JOSE : (Condescendiente) Ah, claro por supuesto.

- ELADIO : Algo tendrán que ver con la vida, como existen. Yo creo que son como una escoba que barre por dentro a la gente, ¿qué dice usted?
- JOSE : Justamente, como una escoba.
- ELADIO : (Receloso) ¿Lo está diciendo en serio o es pa conformarme? No tiene que compadecerme: yo me siento orgulloso de él.
- JOSE : No me ofenda, pues, compadre, no me ofenda. ¿Le he mentido yo alguna vez?. ¿Le he hecho alguna mariconá?
- ELADIO : No, nunca.
- JOSE : ¿Y entonces por qué duda de mí? (Sentido) Puta, hemos pasado las mil y una juntos y ahora me sale con esa.
- ELADIO : Bueno, no se ofenda tanto, si le hice un alcance no mas.
- JOSE : No, es que a mí no me gusta andar con santos tapados: al pan, pan, y al vino, vino.
- ELADIO : Yo soy igual po. Chis, yo soy más derecho que cola e chanco.
- JOSE : Las colas de los chanchos no son derechas.
- ELADIO : Bueno, pero el de este que le digo yo sí po. ¿O conoce a todos los chanchos usted?
- JOSE : (Ríe) No, claro que no. (Pausa) Pero, ¿sabe?, ahora que lo menciona me gustaría conocerle el chanco a mi comadre.
- ELADIO : ¿A su comadre?. (Serio) Guarde, guarde po: su comadre es mi ñora.
- JOSE : Ah verdá que también somos compadres pues; perdone.
- ELADIO : ¿Cómo es eso de que “también” somos compadres?. ¿No me considera?. Pucha yo creía que éramos los compadres más paletiaos de santiago.
- JOSE : Y lo somos, y lo somos, eso está fuera de toda discusión. (Han terminado de apagar y guardar las velas)
- ELADIO : (Se sienta, desorientado) No entiendo, no entiendo.
- JOSE : (Va hacia él) Ya se lo dije, no se me encabrone: usted es el mejor, el más choro. Es que a veces se me olvida; como tengo tantos compadres...
- ELADIO : Me destiñó, me destiñó, compadre.
- JOSE : (Afligido) Pucha, no le haga tanto caso a las palabras,

si es el sentimiento el que vale. Y con toda sinceridad le digo que usted es el compadre más apreciado que tengo; yo con usted, hasta la muerte, ¡hasta la muerte, compadre!

ELADIO : ¿Firme?

JOSE : Firme pues. Venga para acá, tomemoslos un trago para sellar la amistad. (Van a la mesa simula pasarle un vaso) Por la amistad.

ELADIO : Por la amistad. Al seco. (simulan beber)

JOSE : Ah, y por lo de su hijo poeta, que no haya resquemores, compadre. No entiendo mucho de poesía, pero no quise ofenderlo. Palabra.

ELADIO : No, sí, si esta bien. (Pausa breve) Es que a ese cabro lo quiero más que la cresta...

JOSE : ¿Y a la Alejandrita no la quiere? ¿A mi ahijada, no?.

ELADIO : Lindo cabro, linda familia...

JOSE : Le pregunté si...

ELADIO : ¿Por qué será que tengo la sensación de que la maleta no cierra bien? (Se para) He tenido ese bicho metido toda la tarde. Voy a revisarla. (Va, saca la maleta, la examina) Claro, la chapa está vencida. ¿Tiene un destornillador por ahí?

JOSE : No.

ELADIO : Pásemelo, por favor, está en la caja de las herramientas.

JOSE : (Va hacia uno de los Muñecos, simula sacar un destornillador de uno de los bolsillos, se lo pasa) ¿Qué junta ahí?

ELADIO : (Seco) Las maletas no son para juntar cosas; son para trasladar ropas u objetos personales de un lugar a otro. Y no me desconcentre, por favor, tengo que arreglar esta chapa. (Manipula).

JOSE : De todos los actos humanos, ninguno tan patético e inútil, como el de juntar cosas para mentirse una eternidad. Uno muere, y las cosas no; las cosas quedan allí, llenándose de polvo y de olvido... Hasta que llega alguien y las vende, bota o regala.

ELADIO : Lo sé, pero no es mi caso, creame... Yo tengo aquí la ropa y los objetos personales de alguien que los necesita mucho. Cualquiera de las cosas que tengo aquí, serán para ella el sol, el pan, el aire, las calles,

los árboles y las voces, cualquiera de estas cosas, le llevará la noticia, por increíble que le parezca, de que la vida aún existe...

JOSE : La soledad no viene simplemente de la propia soledad, ¿qué le pasó?

ELADIO : Se la llevaron...¿Quiénes se llevan a la gente, para arrojarla a lo profundo del martirio, y con qué derecho lo hacen?

JOSE : Si no quiere volverse loco, le aconsejo no preguntar nunca eso; porque si usted escucha hablar al representante del bien y escucha hablar al representante del mal, verá que los dos invocan exastamente la misma razón para hacer lo que hacen: el bienestar del hombre.

ELADIO : No me hable de palabras, ya no sirven, ya son agua que se pierde en el agua. (Deja de manipular en la chapa, se endereza) Un día quise escribir que cuatro o cinco hombres se bajaban de un auto, que entraban a saco mi casa, y que se llevaban a mi mujer a la rastra; pero no pude hacerlo. Sentí que desgraciado que criminales, que chacales o torturadores, eran palabras que no servían para expresar la indignación; que las habíamos tenido que usar tanto, que ya sólo producían un pasajero malestar en quienes las escuchaban. Y fue allí donde me perdí con mi oficio; fue allí donde me pregunté qué sentido, qué valor humano, tenía eso de juntar palabras.

JOSE : Duro trabajo es el de vivir, amigo. (Pausa) Pero yo le hice una pregunta clara y precisa: ¿A la Alejandrita, no?. ¿A mi ahijada no la quiere?

ELADIO : (Después de un silencio. Vital:) Pucha, claro po, si todos son mis hijos, como no la voy a quererla. Chita, parece que usted no me conoce, compadre; a mí, pa eso de querer no me la gana nadie. ¿Sabe cómo me decían en mi pueblo?. "El viento de Primavera", ¿no ve que me metía en todos los corazones?

JOSE : ¿En los corazones nomás?

ELADIO : Bueno, en otras partes también; pero eso no lo cuento: pobre, pero delicao.

JOSE : Como dijo el zorzál, cuando se lo mando a guardar

a la canaria.

ELADIO : Exactamente. No, en serio, quiero mucho a mis hijos yo. Y también quiero a la vieja y a la casa, y a las calles donde vivo y a las calle donde no vivo. O sea que quiero entero a este país de mierda, que no tiene padres que le digan que se deje de peliar.

JOSE : (Se sienta) No son padres los que le faltan, compadre: son raíces. Gente sin raíces en un país sin raíces, dónde más íbamos a ir a parar.

ELADIO : ¿Cómo qué sin raíces?. ¿Así que a los Mapuches los inventó mi abuelita?

JOSE : No; los invento la vida pero los desinventaron los españoles.

ELADIO : No le creo, los pueblos no pierden nunca el alma conque nacieron.

JOSE : Créame nomás. Los españoles se fornicaron a cuanta india se les puso por delante, pero los mapuches no hicieron lo mismo; una porque al principio llegaron muy pocas españolas, y otra, porque pasó mucho tiempo antes de que el mapuche se diera cuenta que eran de carne y hueso y que la cuestión les entraba igual.

ELADIO : No, lo que pasa es que usted es racista.

JOSE : Y usted también, ¿o no se ha dado cuenta que decir "Mapuche de mierda" o "Huaso de mierda" es una costumbre nacional?

ELADIO : ¡Yo no digo nunca así!

JOSE : (Golpeando la mesa) ¡Si dice, no me venga con cuentos, somos todos iguales!

ELADIO : ¡Es qué no po! ¿Cómo va a saber usted más, que yo las cosas que siento?

JOSE : (Conciliador) Sé más pues, Eladio, sé más, como no se va a dar cuenta. (Se para). Mire, se lo voy a explicar con hechos. Venga, vamos a suponer que yo soy un español y usted una Mapuche.

ELADIO : Chis, linda la que agarró, o sea que me lo quiere mandar a guardar. No po, chis, eso sí que no. Hasta ahí nomás dura la conversa.

JOSE : (Sonríe). No, si no le va a pasar nada, venga nomás.

ELADIO : No, ni a cañones. Hágalo solito; Juan Segura vivió muchos años.

JOSE : Bueno, me hubiera gustado graficárselo para que me entendiera mejor; pero en realidad es muy sencillo. Después que los conquistadores...

ELADIO : Invasores.

JOSE : No me interrumpa.

ELADIO : Invasores. De ahí no me saca nadie.

JOSE : Está bien. Después que los invasores tuvieron tierras y riquezas, se convirtieron en colonos y trage...

ELADIO : Colonos, no: saquiadores.

JOSE : ¡Déjeme hablar!

ELADIO : Saquiadores. Robaron la tierra. Mataron a sus legítimos dueños y les robaron la tierra: eso es saqueo. Y de ahí no me saca nadie.

JOSE : (Desánimado) Así no, así no se puede hablar.

ELADIO : Claro, sin la verdad no se va a ninguna parte.

es bueno, lo que se calla se convierte en dolor.

JOSE : No, no; si usted fuese sólo porfiado, podría ser. Pero, desgraciadamente, además de porfiado es ignorante. Así no, así no hay diálogo posible.

ELADIO : (Después de una pausa) Claro, por eso es que estamos así, por esa comodidad, por esa blandura para mantener los principios, es que llegamos donde llegamos. El día del ajo vamos a poder amarrar a esa vieja de mierda.

JOSE : ¿A cuál vieja?

ELADIO : A la muerte pues. ¿O tampoco se ha dado cuenta de que anda suelta por ahí, echándosele encima al que se le antoja?

JOSE : De política no me gusta hablar.

ELADIO : (Molesto) Hablar de la muerte no es hablar de política.

JOSE : (Coge una máscara y una ropa, se sienta a limpiarlos) No, pero vamos a llegar a eso. Y yo no lo entiendo, porque la muerte siempre ha hecho lo que se le antoja, y siempre ha existido gente que cierra los ojos o mira para otro lado cuando ella se está comiendo a alguien.

ELADIO : No es tan así. Antes la muerte era una cosa que dolía, pero que se podía comprender; era como si uno aceptara inconscientemente que detrás de ese gran absurdo de tener que morir, había algo, algo parecido a una ley, a un orden: eso es lo que desapareció. (Toma un brazo de Muñeco, lo usa a guisa de puntero). No puede negar eso, no puede negar que ahora estamos dos veces desnudos e indefensos frente a la muerte.

JOSE : Toda desgracia del hombre es fabricada por el hombre, somos nosotros los que rompimos el equilibrio de...

ELADIO : Si existiera un equilibrio que estuviera más allá del hombre, éste no podría romperlo.

JOSE : Cuidado, está negando a Dios.

ELADIO : Yo no: los hechos. No olvide que bastó un puñado de cuervos, para transformar este país en el paraíso de asesinos, torturadores y mercaderes.

JOSE : Esa plaga no nace por generación espontánea: al-

guien tiene que preparar el caldo de cultivo. Y no me señale más con ese brazo, me pone nervioso.

ELADIO : Es el brazo y la conversación. (Lo examina) ¿De quién es?

JOSE : No sé. (Mira hacia otro lado). De nadie supongo.

ELADIO : Todo brazo tiene un cuerpo; un cuerpo puede nacer sin brazos, pero un brazo no puede nacer sin cuerpo.

JOSE : (Irritado) ¡No me moleste más con eso; no me interesa, no tiene importancia!

ELADIO : (Horrorizado) ¿No tiene importancia?

JOSE : No, ninguna. Sabe muy bien que cuando llegué aquí esto era un caos. Traté de poner orden, nada más. ¡No sé de quien es ese maldito brazo!

ELADIO : Es horrible, horrible... (Se vuelve, queda frente al público). En algún lugar de los bosques o de los ríos de este país, en algún lugar del desierto o de la cordillera, hay un cuerpo que espera sus brazos, que espera sus ojos, sus piernas o sus orejas. Y es un cuerpo tan solo, tan desolado, que los vientos lo miran con ojos casi humanos. Ninguna casa se salvará de la tristeza mientras ese cuerpo no esté completo; mientras ese cuerpo siga solo, permanecerán amargas las viudas, como la raíz del ajeno: mientras ese cuerpo no se encuentre, ningún hombre estará completo. Y no habrá paz en este país. No habrá paz en este país...

(José se para, se pone la máscara y las ropas; es una máscara color humo, lisa, el hueco de la boca, lo único que existe, resalta casi chocantemente).

JOSE : Palabras.

ELADIO : (Se da vuelta. Sorprendido) ¿Y... y usted?

JOSE : (Avanza hacia él) Palabras para resentidos y desquiciados. Los hombres buenos y pacíficos, viven completos y felices en esta tierra.

ELADIO : ¿Quién es usted? ¿Quién es!

JOSE : Alguien que no teme dar la cara. Declaro con justo orgullo, que el nuestro es el país más pujante y progresista de Latinoamérica. Una piramidal constelación de cifras estadísticas lo confirma como un hecho irredargüible y fidedigno, señores!

- ELADIO : Noo... no es cierto...; eso no es cierto.
- JOSE : (Agresivo) ¿Qué dices?
- ELADIO : Degollar no es gobernar; si un gobernante mata, mata y mata, queda claro que está al servicio de intereses ajenos por completo al bien común.
- JOSE : Ese es un profundo error conceptual, que indudablemente, obedece a su no especialización en materia constitucional.
- ELADIO : No sabré de materias constitucionales, pero sé muy bien quien se comió la libertad con dientes de lobo en este país, y sé porque caminos se le perdieron la paz, el pan, la ternura y la fantasía.
- JOSE : ¡Nunca tuvo ternura ni fantasía, es un país duro, realista; un país señalado para grandes empresas, al que es preciso amar con mano de hierro. El trabajo, la disciplina y la conformidad, esa es la base de todo pueblo grande, su verdadera cultura. Y es lo que enseña la Santa Madre Iglesia.
- ELADIO : ¡La santa madre iglesia nunca tuvo fe en el hombre, desde la muerte de Cristo, se dedicó fanáticamente a enseñar al hombre a obedecer a su poder y al del estado!
- JOSE : (Espantado) ¡Vade retro, Satanás!
- ELADIO : ¡Vade retro, la misma mierda; la libertad no se explica, se...
- JOSE : ¡Blasfemo, apátrida, ponzoñoso! ¡Un pueblo no se construye sobre el llanto ni sobre la venganza! Dios y la patria desprecian a los débiles, sólo del orden, de un orden fuerte y justo, pueden brotar la paz y el amor sobre la tierra. Un rebelde al orden establecido, es un bandido para Dios y para los gobernantes, se le debe matar a golpes, como a un perro rabioso, porque si no lo matas, él te mataría a ti, y a todo el país contigo! (Paseándose) ¡Indios malagradecidos, chusma que los puercos rechazarían porapestosa! ¿No acabé con la violencia y la anarquía? ¿No convertí esa "democracia" débil, ineficaz y corrompida, en un auténtico gobierno-padre?: ¡Tanta libertad como sea conveniente, tanto gobierno como sea necesario! Aunque rechazamos la violencia, venga de donde...

ELADIO : ¡Cállese, hipócrita desgraciado, cállese de una vez!
 JOSE : ¡No me callaré, jamás me callaré! (Recorre el escenario, gritando) ¡Paz y olvido, paz y olvido, paz...
 ELADIO : ¡Cállate, te lo ordeno!
 JOSE : ¡Me cago en tu orden!
 ELADIO : ¡Cállate o te colgaré como a los demás!
 JOSE : ¡No puedes, ya no puedes!

Eladio le da un violento cabezazo. José cae, queda inmóvil. Eladio lo mira, arrepentido, consternado; se acerca a él, lo cree "muerto", gime, gime desoladamente. Se arrodilla a su lado, le hace ejercicios desesperadamente, hasta que logra hacerla "sobrrevivir"

JOSE : (Agotado, sombrío). Tiene que ser posible... Tiene que ser posible.
 ELADIO : ¿Qué cosa? ¿De qué está hablando?
 JOSE : De mí. De saber quien soy. Tiene que ser posible.
 ELADIO : No, no lo es. No lo intente.
 JOSE : (Casi para sí). Llegué aquí, usted estaba solo; era un oscuro escritor social, con una oscura historia ocurrida en un oscuro período de nuestro país... Entonces fue cuando me propuso que jugáramos a ser dos trabajadores de la construcción. Una analogía evidentemente...
 ELADIO : No divague más; todo lo que tiene que hacer es compartir conmigo, jugar, olvidar.
 JOSE : (Se para). No, usted me quiere enloquecer; me niego a eso.
 ELADIO : No puede, no existe; no tiene adonde ir. Su única posibilidad de existir es ser mi amigo. Sigamos, tenemos que seguir entreteniéndonos (señala hacia afuera). Allá afuera ya no hay nada, nada. (Firme). Recuérdelo, es mi jefe en la obra y vino a pedirme que hable en su velorio.
 JOSE : ¡No, no; me niego a seguir: no puedo más! (Hunde la cabeza en los brazos).
 ELADIO : (Lo toma del pelo, lo obliga a levantar la cara) ¡No tiene derecho a saber nada, sólo debe seguir, entendió! (Lo suelta. Vital) ¿Usted sabe lo que son las cotorras? (José no responde) Diga "Sí". (Dura-

mente) ¡Dígalos!

JOSE : Sí.

ELADIO : Bueno, en realidad este no es un chiste, es un caso que pasó allá en mi pueblo. Se trata de la vieja Chila, que vivía sola con una cotorrita, que se pasaba diciendo todo el día: “¡Abajo el tirano, viva la libertad; abajo el tirano, viva la libertad!”. Bueno, un día los noticiaron de que iba a pasar el aludido por el pueblo, así que le pedimos que escondiera a la cotorrita revolucionaria, porque sino los íbamos a ir todos de fusilamiento. Entonces la vieja Chila vino, le sacó las plumas al plumero, se las amarró a la cotorra y la echó al gallinero; pucha, en cuanto el gallo despierta al otro día y la ve, se le va encima con todo el apetito. Pero la cotorra lo para en seco: “Un momento compadre gallo, yo no soy de su haren: yo estoy aquí como refugiada política nomás”. (Ríe) ¿Qué le pareció? Bueno, ah?

JOSE : (Esboza una sonrisa) Sí, claro.

ELADIO : No, no le gustó. Por la madre, le he cantaó, le he recitao, le he contaó chistes, y ná.

JOSE : No es culpa suya, compadre. Lo que pasa es que no es momento para eso, nada más.

ELADIO : ¿Por la cuestión del finao?

JOSE : Bueno, por todo lo que encierra.

ELADIO : No lo entiendo, palabra que no lo entiendo. ¿Por qué le afectó tanto la muerte del viejo Lorca? Ni que hubiera sido pariente d'él.

JOSE : (Después de una breve pausa). A mi edad no es uno el que mira a la muerte, Eladio; es la muerte la que lo mira a uno. Y esa mirada trae el frío de todos los inviernos juntos.

ELADIO : Chis, usted es joven todavía, usted no se muere ni con veneno. (Va hacia la mesa, se sienta). Al viejo Lorca lo dejábamos jugar al fútbol con nosotros para que creyera que todavía se la podía nomás.

JOSE : (Tenso) ¿Es cierto eso?

ELADIO : Claro po, como no va a saber usted.

JOSE : (Ofendido) ¿O sea que a mí también me dejan jugar de pura lástima?

- ELADIO : (Complicado) No po, a usté no. Usté es distinto.
- JOSE : ¿Por qué? ¿Por qué soy el jefe de obras?
- ELADIO : No... no por eso.
- JOSE : ¿Por qué entonces? (Eladio lo mira confundido. Toma el vaso, juega con él). Lo sabía... Yo sabía eso.
- ELADIO : No, no, compadre. Pucha, yo... yo se lo digo en serio: es distinto.
- JOSE : (Lo mira en silencio durante un momento) Pruébemelo.
- ELADIO : (Extrañado) ¿Ah?
- JOSE : Pruébeme lo que dice.
- ELADIO : ¿Y cómo?
- JOSE : No sé, usted sabrá como. Lo que ha dicho es muy serio.
- ELADIO : (Se levanta complicadísimo. Paseándose) ¿Qué se lo pruebe? (José asiente en silencio) Claro, que se lo pruebe. (Vuelve a pasear, meditando) Pucha... O sea, claro: tendríamos que hacer pruebas nomás po; porque como dicen en mi pueblo, el movimiento se demuestra andando. (A José) ¿Está dispuesto?
- JOSE : Sí.
- ELADIO : ¿Va a hacer todo lo que le diga? (José asiente) Ya, venga p'acá. Póngase aquí a mi lado. (José lo hace. quedan frente al público) Grite.
- JOSE : ¿Qué?
- ELADIO : Le digo que grite a todo chanco. No puede echarse para atrás: prometió que me iba a hacer caso en todo.
- JOSE : (Duda). Está bien. Lo prometido es deuda. (Grita. Eladio también lo hace).
- ELADIO : (Eufórico) ¡Me ganó, me ganó; tiene más voz que yo, tiene más voz! (Lo felicita). Y ahora una prueba intelectual: baile.
- JOSE : ¿Qué baile? (Mira) ¿Con quién?
- ELADIO : ¿Cómo con quién? (señala una de las sillas). Con esa hermosa señorita. (Se pone una peluca; va, se sienta).
- JOSE : (Va hacia "ella") ¿Me permite este baile, señorita?
- ELADIO : Noo, lo siento mucho, pero yo no bailo con niños.
- JOSE : ¿Cómo niño? ¡Tengo cincuenta y cinco años!
- ELADIO : ¡Uuuy, y tan joven que se ve! Hubiera jurado que

tenía dieciocho.

JOSE : Favor que me hace.

ELADIO : ¿No me podría dar la receta? Fíjese que yo tengo una tía que va a cumplir recién los cincuenta, y cuando se quiere pintar los labios, yo tengo que apartarle las arrugas para que se pueda ver la boca.

JOSE : ¿Ve bien usted? A lo mejor confunde a su tía con el perro de la casa.

ELADIO : No pues, si soy del campo, pero no huevona, (se tapa la boca "avergonzada") Uuyy, lo que dije... Perdóne.

JOSE : No, no es nada, no es nada, (le ofrece el brazo) Bailamos?

ELADIO : Uuyyy, lo lamento tanto, pero no va a poder ser: No tengo pañuelo.

JOSE : ¿Y eso qué importa? Yo no la estoy invitando a sonarse, la estoy invitando a bailar.

ELADIO : No sea atrevido, oiga; no crea que porque es joven y buen-mozo voy a soportar todas sus impertinencias: sin pañuelo no se puede bailar cueca, eso es lo que le quiero decir.

JOSE : ¿Cueca? (Desencantado). No pensaba bailar eso...

ELADIO : ¿Por qué? ¿Le da vergüenza?

JOSE : No, no: no es eso. Me sorprende nada más.

ELADIO : Entonces el nuestro es un encuentro imposible, porque ya le dije que era del campo, no sé bailar ni Rock, ni Tango, ni Cumbia.

JOSE : ¿Y qué podemos hacer entonces?

ELADIO : ("Coqueta"). No sé pues, usted es el hombre.

JOSE : (Después de una pausa). La prueba consiste en conquistar a una mujer, compadre?

ELADIO : (Se saca la peluca) No, en hacer un ejercicio duro, por eso lo invité a bailar cueca. (Comienza a sonar la cueca. Todo el resto del diálogo lo dicen bailando).

JOSE : Ah, ya pues. Entonces dejémonos de leseras: bailemos.

ELADIO : ¿Vamos a meterla fuerte, no importa?

JOSE : No, compadre, no importa.

ELADIO : (Violento) ¡No me diga compadre, usted es mi enemigo!

JOSE : ¿Es otra prueba?

ELADIO : ¡Qué prueba ni que mierda! Cree que no me doy cuenta de que con la barreta del compadrazgo y los golpecitos en la espalda, me hace trabajar como esclavo?

JOSE : Si está hablando en serio, es el ser más despreciable que he conocido.

ELADIO : ¿Cuántos compadres tiene en la obra? ¿A cuántos manipula como a mí, con la cuestioncita de la amistad y de la igualdad?

JOSE : Nunca he jugado con los sentimientos de nadie, perro malagradecido! Yo me juego entero por la amistad y por los de mi clase!

ELADIO : Haciéndolos trabajar catorce horas diarias y pagándoles ocho!.

JOSE : No fui yo el que modificó las leyes. Sabe muy bien que trabajar más es una forma de conservar el trabajo. Yo soy como todos nomás.

ELADIO : Como todos los que son como usted; por eso hay tantos muertos, torturados y desaparecidos en este país.

JOSE : Yo no tengo la culpa de sus desgracias ni de las de nadie!.

ELADIO : Negrero de mierda, traficante de la pobreza. ¿Cree que soy huevón, que no sé que tiene otra casa allá en los Guindos? ¿Que obliga a la gente a irle a trabajar gratis? Tanta pena que dice que le dio la muerte del viejo Lorca, y lo hacía trabajar todos los domingos por una empaná y un vaso de vino. (Pausa). Una empaná y un vaso de vino... Y la mujer que lavaba ropa ajena hasta reventarse los pulmones... Conventillos, vino, lavanderas, tísicos, patrones gordos, crueles, sonrientes... Y Dios siempre a un costado de los hechos.

(Siguen bailando en silencio. Brutales, agresivos; giran, saltan. Cae primero Eladio, José se esfuerza por no caer. Finalmente también cae. Silencio pasado).

ELADIO : Lo que bailamos no fue cueca.

JOSE : Cueca fue. Pero no la tradicional.

ELADIO : Lo felicito, me ganó. (Tratando de ser simpático)

Vio que es más fuerte que yo y que muchos? (Ríe forzado). Y así cree que lo dejamos jugar por lástima. (De pronto se paralogiza. Escucha).

JOSE : ¿Qué le pasa?

ELADIO : Los golpes, los golpes... ¡Vienen, vienen!

JOSE : (Tratando de escuchar) ¿Qué golpes, quién viene? No escucho nada.

ELADIO : (Desesperado) Son ellos, ya están aquí, Inés!

JOSE : Cálmese, no hay nada, no viene nadie!

ELADIO : ¡Sí, si vienen: están buscando a Miguel!

JOSE : ¡No tiene por qué buscarlo aquí; usted no es su amigo, no comparte sus ideas, eso lo saben todos!

ELADIO : No, no, yo no, pero Javier sí... ¡Los libros, los documentos!... ¡Tú eres mi empleada, Inés, no me conoces, sálvate!... ¡No, no, eso no lo van a creer!... ¡Diles que estamos separados, que me viniste a ver!... ¡La puerta, están echando abajo la puerta!... ¡Salgamos por atrás! ¡No, solo no me voy, no vas a poder entretenerlos, ven, ven conmigo!... ¡Corre, corre, no dejes que te agarren, a todos los que han agarrado los han torturado hasta la muerte!... ¡Corre, corre, ven conmigo!...

JOSE : (Gritando a todo pulmón) ¡Basta. basta, no hay nadie!

(Todo queda bruscamente en silencio)

ELADIO : (Asustado, agotado) ¿Qué... qué pasó?

JOSE : Nada.

ELADIO : Golpes... Sentí golpes.

JOSE : Imaginaciones. (Pausa). No, no sé si pueden llamarse imaginaciones. (Va a la mesa, llena un vaso, se lo lleva). Tome.

ELADIO : (Bebe; se lo devuelve) Gra... (No termina. Queda inmóvil). La lista.

JOSE : ¿Qué lista?

ELADIO : La lista de las cosas, no la he hecho. (Intenta ir hacia la maleta).

JOSE : (Lo retiene brutalmente de la ropa) ¡Déjese de imbecilidades, me está enloqueciendo a mí!... Los golpes que dice que escuchó, se los inventó usted mismo, espantado por los horrendos clisés que estaba diciendo: ángeles y demonios, los pobres buenos y

los ricos malos. Sabe que eso no es cierto, que no es así nomás, que repetir la misma cantinela no le ayuda a nadie. No fue capaz de desentrañar las verdaderas y profundas causas de la injusticia. ¡Fracasó como escritor, como hombre y como militante, aceptelo de una vez!

ELADIO : ¡La lista, tengo que hacer la lista! (Se desprende de él. Habla como a través de una ventanilla) Inés. Inés Fuentes Idahue. (Escucha) ¿Ah? Amigo, soy amigo.

JOSE : (Poniéndose al otro lado de la "ventanilla") ¿Por qué fue detenida?

ELADIO : Bueno, no sé... Papeles, parece que... no sé, tenía unos papeles.

JOSE : ¿Qué clase de papeles?

ELADIO : Eh... No, no papeles; libros, revistas, catálogos.

JOSE : La lista. La lista de lo que le trae.

ELADIO : Perdón, la iba a hacer en este momento, no alcancé. Es ropa, artí...

JOSE : ¿Ropa de ella?

ELADIO : Sí, sí.

JOSE : ¿Y de dónde la sacó usted?

ELADIO : (Confundido) De... Bueno, de...

Sorpresivamente, huye. José lo persigue, profiriendo insultos; lo coge, luchan ferozmente —los Muñecos se agitan, emiten sonidos— Llega un momento en que ambos quedan cogiéndose del cuello. De pronto se paralogizan. Los muñecos vuelven a su silencio e inmovilidad.

ELADIO : ¿U... usted?

JOSE : U... usted?

ELADIO : Pero...

JOSE : Pero...

ELADIO : ¡Compadre!

JOSE : ¡Compadre!

(Se abrazan, fuerte, emocionadamente)

ELADIO : ¡Pucha, qué estábamos haciendo!

JOSE : Bueno... (sonríe) Discutíamos.

ELADIO : (Preocupado) ¿Le hice daño?

JOSE : No, no. (Lo palpa) ¿Y yo?

- ELADIO : Tampoco, tengo el cuero duro.
- JOSE : Creo que merecemos un trago. (Se levanta, le ayuda). Venga, venga, (van a la mesa). Por la amistad. (Le pasa un vaso imaginario).
- ELADIO : Por la amistá. ¡Se hundirán los corchos, pero la amistá seguirá flotando!
- JOSE : ¡Eso es, compadre, así se habla: al seco!
- ELADIO : ¡Al seco! (Miman acto de beber).
- JOSE : (Dejando el vaso). Me parece increíble; nosotros peleando.
- ELADIO : Es el encierro. (Pausa) He oído que la soledá vuelve locas a las personas.
- JOSE : Y los remordimientos también.
- ELADIO : (Tenso) ¿Por qué lo dice?
- JOSE : No, no, por nada. Pucha, no nos vamos a poner a pelear otra vez, pues, recién nos juramos amor eterno.
- ELADIO : (Cambia de actitud) Claro, es la soledad. (Pausa) ¿Cuánto tiempo hace que estamos aquí?
- JOSE : No lo recuerdo.
- ELADIO : Llovía. (Pausa. Mira). ¿Cómo estará ahora?
- JOSE : (Mira hacia el exterior) No sé. No lo imagino.
- ELADIO : ¿Alguién reirá?
- JOSE : No creo. Todavía no.
- ELADIO : ¿Pero va a reír?
- JOSE : Es posible. No hay mal que dure cien años. (Deja el "vaso", se sienta) Claro, usted tiene razón: fue el encierro; la soledad y la abstinencia sexual, exasperan. ¿Cuánto tiempo hace que no está con su mujer?
- ELADIO : Desde que se la llevaron. (Pausa). El corazón también tiene que ver, el corazón necesita compañía.
- JOSE : Y caminos.
- ELADIO : Por supuesto. Caminos.
- JOSE : ¿La buscó mucho?
- ELADIO : No. Quedamos en que nos juntaríamos aquí. Antes que cerraran la cuadra, antes que echaran abajo la puerta...
- JOSE : (Haciéndole callar) Chiitt. (Se para. Escucha) Vienen.
- ELADIO : (Escucha) Sí. Son ellos. Recuérdalo, que no sepan

que tienes miedo.

JOSE : (Muñeco Mujer). No sé si podré, ¡no sé!

ELADIO : Podrás, Inés, podrás.

JOSE : ¡Te matarán, nos matarán!

ELADIO : No. todos los que nos han querido matar, han muerto; en ti y en mí siempre ha quedado la vida necesaria para parir otra vida.

JOSE : (Se aleja de él). No recuerdo más... Lo último que le dije, fue que sí, que volvería a esta casa y que cuidaría sus libros y sus pájaros hasta que él volviera. "Si vuelves antes que yo, le dije, no te encierres en el cuarto del fondo, es muy helado, y no te dejará concentrarte en lo que haces" (Pausa) A él le gustaba juntar hijos, pájaros y palabras... Los jóvenes le decían que no juntara más palabras, que ellas no iban a sobrevivir encerradas en los cajones de los escritorios; pero él les pedía que tuvieran calma: "Cuando el tiempo del terror y el tiempo de la cólera pasen, les decía, vendrá el tiempo más difícil: el tiempo de construir. Y para ese tiempo estoy trabajando". Los únicos que entendieron eso fueron los Sojuzgadores: por eso lo perseguían.

ELADIO : ¡No los perdones, porque saben lo que hacen; si no ves sus rostros, recuérdalos por su voz, si no hablan, recuérdalos por sus pasos!

JOSE : No temas, aunque nadie los vea ni los escuche nunca, donde quiera que estén, sus propios rostros testificarán contra ellos.

ELADIO : ¡No dejes que te quiebren, Inés, niégate a entrar a la puta muerte!

JOSE : No me quebraré, Eladio; no voy a morir donde no he de morir, ¡espérame, espérame!
Silencio.

ELADIO : No la ha visto desde que se la llevaron. (Pausa). Que la esperara, dijo que la esperara. (Pausa) Tengo que llevarle sus cosas. Tengo que llevárselas. (No se mueve). Silencio.

JOSE : (Que ya no es Muñeco). Trágico, lamentable... Pero no es al único en la tierra que se le vino la desgracia encima. No entiendo como pretende ser la voz del pueblo dejándose morir en un rincón.

ELADIO : (Neutro) Nunca pretendí eso.

JOSE : Cuidado, recuerde que conozco cada una de las tonteras que escribió, viejo vanidoso.

ELADIO : No pierda su tiempo, no va a enredarme en otra estúpida discusión. Ya no deseo hablar más; déjeme en paz o lo colgaré. (Se aleja de él; se deja caer en un rincón).

JOSE : No puede, sabe que si hace eso, es usted el que quedaría colgado de la vida como un trapo viejo. Si estoy aquí es porque me necesita.

ELADIO : Ya no, ya me aburrió, todo es inútil.

JOSE : (Se para). Lo siento, debe cumplir su compromiso.

ELADIO : Después, después.

JOSE : No, ahora. El pájaro de la muerte vuela por nosotros, es preciso prepararse.

ELADIO : No hay forma, lo sabe muy bien.

JOSE : Si la hay. Lo que pasa es que hemos cometido el patético error de pretender combatir físicamente el desmoronamiento, y es por dentro que muere el hombre, es allí donde se resuelve el combate.

ELADIO : Ni por dentro ni por fuera se llega a la inmortalidad, viejo estúpido.

JOSE : Desde luego, carcamal; pero yo no hablo de inmortalidad, si no de perder el miedo... o al menos de atenuarlo. Y a eso se llega, si es que se llega, a través de una descarnada reflexión. (Comienza a desocupar la mesa).

ELADIO : ¡Deje eso ahí!

JOSE : (Continúa en su quehacer) No. Los compromisos son los compromisos. (Deja de accionar; lo mira) ¿Sabe lo que ocurre cuándo un hombre intenta huír de sí mismo?: que gira en un pequeño círculo, que gira tanto, que termina por abrir un hoyo del que ya no puede salir nunca más.

(Un largo silencio, en el que quedan mirándose fijamente. Eladio se para con lentitud; despega la vista de José, observándolo todo atentamente. Vuelve a mirarlo).

ELADIO : Está bien. Lo haré.

- JOSE : Recuérdelo: no confío en la sinceridad de los que gritan; un dolor sereno y macizo, eso es lo que tiene que transmitir.
- ELADIO : No me de instrucciones, sé perfectamente lo que debo hacer. Suba a la mesa.
- JOSE : ¿Y las velas?
(Pausa)
- ELADIO : No habrá velas todavía.
- JOSE : (Horrorizado) ¿Otro ensayo? No, no, no podría soportarlo, ya no, ya no.
- ELADIO : Es preciso, lo necesito.
- JOSE : Verdaderamente, usted es un pozo inagotable de indecisión... Recién parecía absolutamente decidido, y ahora... No, no; me niego, esto es superior a toda fuerza.
- ELADIO : (Humilde, angustiado; girando hacia alguien que estaba a sus espaldas)... Esto es superior a toda fuerza, señor, compréndanos... es nuestro hijo. (Pausa) ¿Si me respetan a mí, por qué no lo respetan a él? El también escribe, va a ser el poeta más grande de este país... Además, no ha cometido ningún delito. (Muestra-papeles inexistentes) Mire, mira, aquí dice que no se le encontraron armas ni...
- JOSE : (Trás él) Se lo repito: el terrorista no sólo es considerado tal, por matar con un arma o colocar una bomba, sino también por activar a través de ideas contrarias a nuestra civilización occidental y cristiana.
- ELADIO : ¿Usted lo...?
- JOSE : La entrevista ha terminado.
- ELADIO : ¿Usted lo conoció? Era un muchacho delgado y fuerte; se llamaba Javier. No es fácil olvidarse de él... Era como hecho al rescoldo, duro por fuera y cálido por dentro... Recuerdo que cuando se reía, su risa parecía quedar colgando en el aire; a él le sobraba lo que yo nunca tuve: coraje y alegría de vivir. Una vez le escribió a Miguel: "A nuestro pueblo no sólo le faltan armas, sino que también le falta un camino, y le falta una canción"... Cuando se lo llevaron, el amor, lo único que parece darle alguna justificación a la vida, fue alcanzado y herido de muer-

te por el espanto... Nuestra casa fue para siempre la casa de la tristeza. Fue... Fue...

JOSE : (Entusiasmado). Siga, siga: ese es el camino que lleva a nuestro descanso, la verdad, la verdad... Recuérdelo todo, aceptelo. Legajo 3628: me introducen a...

ELADIO : ¡No, no!

JOSE : "Me introducen a un universo diabólico, los interrogatorios se hacen más cortos, pero la Picana es más fuerte... los esfínteres arden en ríos de agujas... los electrodos en los dientes... un trueno me hace volar la cabeza en pedazos... siguen, siguen... mil cristales se rompen, se astillan en mi interior, se desplazan por el cuerpo desgarrándolo todo... Y después la oscuridad, la sed, la sed, la sed... mi interior es una llaga... Vienen, otra vez escucho los pasos de los que vienen a buscarme para hacer lo mismo otra vez conmigo... otra vez, siempre, siempre...". Javier. Testimonio de Javier Guzmán Lillo. ¿Lo conoció usted?

ELADIO : (Después de una pausa). Era mi hijo. (Pausa). Después vinieron a buscarla a ella...

JOSE : (Duramente) ¿A ella solamente?

ELADIO : No, no: a los dos... Ella dijo...

JOSE : ¡No dijo nada, no alcanzó! ¿Sabe dónde se la llevaron?

ELADIO : ... Ella me dijo que huyera. Corre, corre, Eladio!... Así me dijo. Y entonces... entonces...

JOSE : Entonces llovía, todo estaba oscuro, y mientras usted corría como un desesperado para salvarse, a ella se la llevaban. (Se acerca a él) ¿Sabe adónde, Eladio, sabe adónde?

ELADIO : No hablemos más, no hablemos más... Ella dijo que alguien tenía que sacar la verdad de su encierro, que ella no, que ella no iba a ser escuchada por la gente, que era yo el que podía ayudar... No hablemos más, no hablemos más...

JOSE : ¡No, ya no es posible callar: usted es culpable de su propia desgracia, y de la de muchos más. Hablo de su comportamiento político y de su responsabili-

dad como padre y esposo!

ELADIO : (Señalando la mesa) Suba ahí... Suba, es tarde, estoy agotado, muy agotado.

JOSE : ¡No, otra vez terminaríamos cayendo en el vacío; los juegos ya no sirven: usted no se ha atrevido a ser sincero ni siquiera frente a la muerte!

ELADIO : (Después de una pausa). Casi para sí ¿Y si... y si realmente no hubiera ningún muerto que llorar? ¿Si las cosas hubieran sido imposibles de detener? Si lo que hicimos o lo que no nos atrevimos a hacer no hubiese podido cambiar nada, porque nos marca un signo que viene de lejos?... ¿Quién puede preever el amor, quién puede preever la muerte?

JOSE : ¿Habla de un destino preestablecido? No sea imbécil, aquí la cosa es clara: aquí murió mucha gente, y es preciso responsabilizarse.

ELADIO : ¡Pero quién, quién tiene que responsabilizarse, todos anhelamos el bien para el hombre, todos luchamos por eso! Nómbreme uno, uno solo de nosotros que hubiera deseado conscientemente tanta muerte y tanto horror para el pueblo y entonces le diré quien debe morir!

JOSE : Usted.

ELADIO : ¿Yo?... ¿Yo?

JOSE : Sí, usted. Porque no se trata de desear conscientemente el mal. Ni siquiera Lucifer puede ser acusado de eso con justicia; ni él ni nadie que encabece una rebelión contra un orden que considere injusto, puede ser acusado de encarnar el mal. ¡Pero sí pueden y deben ser juzgados y condenados todos aquellos, que como usted, se aferran ciegamente a métodos y teorías probadamente caducas y nefastas para los que dicen amar!

ELADIO : ¡Yo no prediqué el caos ni la desunión ni la sangre; las cosas por las que luché y pagué el precio más brutal que puede pagar un hombre, fueron el amor, la paz y la libertad!

JOSE : ¡Con palabras y tácticas que habían llevado una y otra vez a la muerte y al horror!

ELADIO : ¡No soy culpable de la estúpidez humana, con todos mis defectos, con todas mis limitaciones, fui lo más

que puede ser un hombre sobre la tierra fui sincero!

JOSE : ¡No siga tratando de justificar sus errores, mientras lo haga subsistirá el peligro de un nuevo y terrible holocausto!

ELADIO : ¡Es mi derecho a pensar y opinar el que definiendo!

JOSE : ¡Primero fue ciego, después cobarde! (Se avalanza sobre él) ¡No hará más mal, no hará más mal! Luchan, ciega, ferozmente. Eladio logra cogerle del cuello; aprieta, aprieta.

ELADIO : ¡Monstruo, monstruo mentiroso, maldito: muérete, muérete!... (Se para tambaleante). Yo lo sabía... era un monstruo... La noche que parecía que la lluvia iba a ahogar al mundo y yo corría y corría, estaban escondidos detrás de las ventanas, me miraban fraternales y aterrorizados, no abrieron las puertas... Y mientras corría y corría sentí que me había transformado en uno de ellos... ¿Qué me pasó? ¿Qué nos pasó?... Inés, Inés, qué cara me viste, cual es la última visión que tienes de mí, y que rasgos serán los tuyos, ahora que te metieron el terror en la sangre... cómo vamos a reconocernos, cómo vamos a poder perdonarnos después de tanta atrocidad aceptada o cometida... Y cómo, cómo iremos a lograr el amor de nuevo. (Pausa). Yo te quiero, Inés, y esa verdad no me la puede discutir nadie. La vida entera me acusa; con pruebas en las manos me descalifica por cobarde... ¿Y qué es eso, la cobardía? ¿Implica incapacidad de amar? No, no, es sólo la tragedia de no poder defender con la propia vida lo que se ama... ¿Merezco el desprecio humano, la soledad eterna, por haber nacido sin ese valor?... En derecho, es preciso reconocer que fue espantoso lo que sucedió... Pero no logro saber si hice mal o no; porque, ¿de qué soy culpable en definitiva?: de no dejarme matar. ¿Es un crimen eso? (grita) ¿Es un crimen? (Llora). Te quiero, Inés, te quiero... tienes que creerme, tienes que creerme... (Después de un breve instante, se vuelve hacia el cuerpo de José) No, no, usted no tiene derecho a escucharme, usted no entiende razones... No, usted no es mi amigo, no lo es (Va

hacia él, lo toma, lo alza: es un Muñeco) ¡Usted no sabe lo que es la amistad, la amistad no exige nada, no impone nada, acepta a cada cual como es: la amistad es lo que más se parece en el mundo a la libertad, pero usted no sabe eso, no lo sabe!... Ah, pero se equivocó, se equivocó medio a medio: creyó que podía extorsionarme toda la vida con mi terror a la soledad, pero se equivocó: ¡no me importa que se vaya, no me importa! (Lo sacude violentamente) ¡Y sabe por qué no me importa?: Porque va a venir mi amigo Miguel. (Ríe, ríe) Sí, sí, mi amigo Miguel, usted lo conoce, tuvo que conocerlo, es el que trabajaba haciendo caminos. Va venir hoy, mañana, pasado mañana o algún día; pero va a venir a verme. Me lo dijo, que tendríamos que encontrarnos alguna vez y conversar, así me dijo... Así que tú... Así que tú... ¡Al silencio, al silencio! (después de un instante va hacia la mesa, comienza a limpiarla: se detiene) Ah, no, claro; con él vamos a conversar muy sinceramente, para que no haya problemas, porque es cierto que tenemos algunas diferencias... pero si él reconoce y yo reconozco... (Alegre) Sí, sí, sé que nos pondremos de acuerdo, porque en el fondo sentimos lo mismo, queremos lo mismo, es cuestión de métodos... Sí, de métodos nada más. (Pausa) ¡Cuándo me dijo que vendría?... Ah, sí, hoy, o a más tardar, mañana. (Mira) ¡Alcanzará a llevar la maleta? Si, es bueno que la lleve antes que él llegue, porque, ¿quién puede saberlo?, a lo mejor me invita a construir caminos y voy con él. Sí, es bueno que la lleve. (Va hacia ella; se detiene) ¡Alcanzaré?...

Esta obra fue estrenada el 19 de febrero de 1988 en la ciudad de Ginebra, Suiza, durante la segunda gira europea realizada por la Compañía de Teatro Popular "El Telón".

Actuaron en ellas los actores José Herrera y Hugo Medina.

Posteriormente, se estrenó en Santiago, Chile, el 17 de octubre de 1988, con el mismo elenco.

Las personas que intervinieron en el montaje de ambas versiones fueron:

ELADIO	: Hugo Medina.
JOSE	: José Herrera.
ESCENOGRAFIA	: Jorge "Chino" González.
COREOGRAFIAS	: Gastón Baltra.
MUSICA	: Marcelo Puente.
DIRECCION	: Juan Edmundo González.

Traducida al alemán, fue montada por la Compañía del Teatro Estatal de Dortmund, bajo la dirección del autor.

ELADIO	: Wolfgang Packhäuser.
JOSE	: Kurt Glockzin.
ESTRENO	: 2 de Julio 1988.

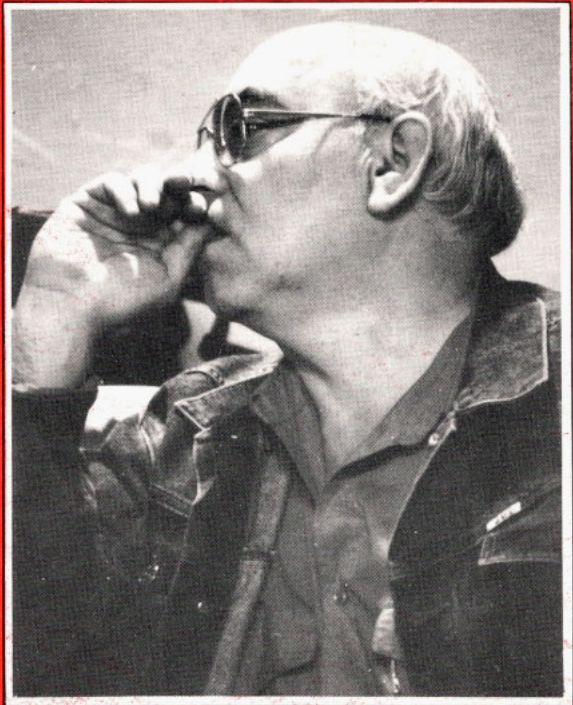
"LA CONTIENDA HUMANA"
JUAN RADRIGAN

Reg.Prop.Intelectual N°
1a Edición de 1.000 ejemplares
Ediciones Literatura Alternativa

Se terminó de imprimir
el 8 de Marzo de 1989
en GRAFICAS E IMPRESOS

TANGENTE

Nataniel Cox 814 Santiago - CHILE



Juan Radrigán. Nacido el 23 de enero de 1937, en Antofagasta. Hasta marzo de 1979, oficios diversos, desde en adelante, dramaturgo.

Obras estrenadas:

Testimonio Sobre las Muertes de Sabina.	1979
Viva Somoza. (Coautoría con Gustavo Meza)	1980
Redoble Fúnebre para Lobos y Corderos	1981
Hechos Consumados	1982
Las Brutas	1980
El Toro por las Astas	1983
Informe para Indiferentes.	1984
Las Voces de la Ira.	1984
El Loco y la Triste.	1985
Made in Chile.	1986
Pueblo del Mal Amor.	1986
Los Borrachos de Luna.	1986
La Contienda Humana	1987

